

Capacitador Sermones CGI



COMUNIÓN DE GRACIA
INTERNACIONAL

Sermones para Abril 2026



Sermón del 5 de abril	2
Sermón del 12 de abril	11
Sermón del 19 de abril	20
Sermón del 26 de abril	30
Culto 2 de abril - Jueves Santo	39
Culto del 3 de abril - Viernes Santo	47
Culto del 4 de abril - Sábado Santo	52

Sermón del 5 de abril de 2026

Domingo de Resurrección

Reflexión:

La Pascua nos recuerda una verdad poderosa: el amor no puede ser sepultado y la vida siempre tiene la última palabra. En la resurrección de Jesús, Dios inaugura una nueva realidad para toda la creación. La mañana de Pascua nos lleva al sepulcro vacío junto a María Magdalena. Ella llega con tristeza, pensando que todo ha terminado.

Pero allí ocurre algo inesperado. Jesús se acerca y la llama por su nombre: "¡María!" (Juan 20:16) En ese instante, su dolor se transforma en esperanza. Jesús no sólo ha vencido la muerte; ha abierto un camino de vida nueva para todos. Como afirma la Escritura: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es." (2 Corintios 5:17) La Pascua nos invita a recordar que el Señor resucitado sigue caminando con nosotros hoy. Él nos llama por nuestro nombre y nos invita a vivir con gozo, esperanza y una vida nueva en él.

[Psalm 118:1-2, 14-24](#) • [Jeremiah 31:1-6](#) • [Colossians 3:1-4](#) • [John 20:1-18](#)

El tema de hoy es "**Jesús pronuncia nuestro nombre**". Nuestro salmo de llamado a la adoración se lee de nuevo a la luz de la resurrección, donde se inaugura un nuevo día de regocijo. La lectura del Antiguo Testamento, tomada de Jeremías, presenta el amor eterno y la fidelidad de Dios que llama a Israel a ser su pueblo. Nuestra lectura de Colosenses recoge las palabras de Pablo sobre la nueva vida que estamos escondidos en Cristo resucitado. En el Evangelio de Juan, se narra la historia de la primera mañana de Pascua y se informa sobre las visitas al sepulcro.

Recordatorio: Este párrafo introductorio pretende resumir las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de la semana para ayudar al predicador a preparar el sermón. **No** está previsto que se incluya en el sermón.

Jesús pronuncia nuestro nombre

[Juan 20:1-18](#)

¡Ha resucitado! Alabado sea Dios, ha resucitado. ¡Felices Pascuas! «Este es el día que hizo el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él».

La Pascua es el día de mayor regocijo para los cristianos. Es el centro del calendario cristiano; la Navidad, la Epifanía y la Preparación para la Pascua la preceden. El Domingo de la Ascensión, Pentecostés y el Domingo de la Trinidad se derivan de la Pascua.

Pero, para que quede claro, no estamos aquí para adorar un día. Estamos aquí para regocijarnos en Aquel a quien este día señala: Jesucristo. Porque lo que buscamos y encontramos en la mañana de Pascua es al Señor vivo que está entre nosotros. Respondamos con regocijo al recordar la buena noticia de la resurrección de Jesús. Hoy, ese recordatorio nos llega en la historia de Pascua que se encuentra en Juan 20.

El primer día de la semana, muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían removido la piedra que cubría la entrada. 2 Así que fue corriendo a ver a Simón Pedro y al otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: —¡Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto! 3 Entonces Pedro y el otro discípulo se dirigieron al sepulcro. 4 Ambos fueron corriendo, pero como el otro discípulo corría más rápido que Pedro, llegó primero al sepulcro. 5 Inclinandose, se asomó y vio allí las vendas, pero no entró. 6 Tras él llegó Simón Pedro y entró en el sepulcro. Vio allí las vendas 7 y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, aunque el sudario no estaba con las vendas, sino enrollado en un lugar aparte. 8 En ese momento entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; y vio y creyó. 9 Hasta entonces no habían entendido la Escritura que dice que Jesús tenía que resucitar. Jesús se aparece a María Magdalena 10 Los discípulos regresaron a su casa, 11 pero María se quedó afuera llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro 12 y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

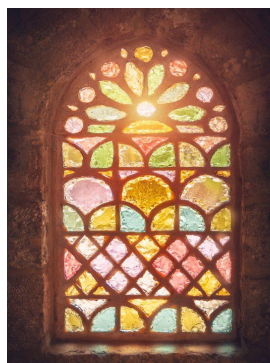
13 —¿Por qué lloras, mujer? —le preguntaron los ángeles. —Es que se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto —les respondió. 14 Apenas dijo esto, volvió la mirada y allí vio a Jesús de pie, aunque no sabía que era él. 15 Jesús dijo: —¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas? Ella, pensando que se trataba del que cuidaba el huerto, le dijo: —Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo iré por él. 16 —María —dijo Jesús. Ella se volvió y exclamó: —¡Raboni! (que en hebreo significa “Maestro”). 17 Jesús le dijo: —No me detengas, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles: “Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes”. 18 María Magdalena fue a dar la noticia a los discípulos. «¡He visto al Señor!», exclamaba, y les contaba lo que él le había dicho. [Juan 20:1-18](#)

NVI

La historia comienza después de la crucifixión de Jesús. Jesús lleva tres años viviendo entre sus seguidores. Han viajado por el mundo enseñando sobre el reino de Dios y el cambio de valores en él: una relación correcta con Dios y entre nosotros, paz y alegría ([Romanos 14:17](#)). A sus seguidores los llamamos discípulos. Son amigos y alumnos de Jesús que han llegado a amarlo. María era una seguidora.

Y ahora su amigo y maestro ha sido arrestado, condenado a muerte y crucificado. Ella va a la tumba de su maestro. «Muy de mañana, el primer día de la semana, cuando aún estaba oscuro...»

Sabemos que es la mañana de Pascua, pero María no. Vamos a hablar de lo que sucede cuando **Jesús pronuncia su nombre** . Pero en este punto de la historia, todavía está oscuro para María; ella cree que Jesús sigue muerto.



Hoy celebramos a Jesús resucitado en Pascua, pero lo hacemos "mientras todavía está oscuro".

Tal vez, como María, sientas que estás atravesando tiempos oscuros. Quizás estés de luto por la oscuridad y la maldad del mundo. Celebrar la Pascua no significa que finjamos que todo está bien en el mundo ni en nuestras vidas. Estamos llamados a creer incluso "mientras aún está oscuro". Hay días en los que apenas podemos distinguir la luz. Días en los que nuestro camino se siente más como caminar hacia la tumba. Dios no espera que neguemos nuestras luchas. En cambio, Jesús se une a nuestro sufrimiento. Él sufre con nosotros. Y la buena noticia de la Encarnación es que Dios se hizo carne en Jesús, quien hizo lo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos. Jesús no solo sufre **con nosotros** ; sufrió **por nosotros** .

Por ahora, experimentamos el reino de Dios como **ya, pero todavía no** . **Aún no** experimentamos la plenitud de la paz y el gozo de Dios. Pero la oscuridad del mal y las relaciones rotas no es el fin de la historia. Jesús **ya** rompió el poder del pecado y la muerte en la cruz. Está consumado. Y la Luz del mundo ha resucitado.

Volviendo al versículo uno. Aunque «todavía estaba oscuro», vemos que María Magdalena pudo ver que algo era diferente. En aquel entonces, una tumba solía ser una pequeña cueva excavada en la roca, con una pesada piedra rodada a la entrada. La piedra cerraba o sellaba la tumba. Pero María ve que «...la piedra había sido quitada del sepulcro».

Ella ve la primera señal de que algo ha cambiado. Aquí está María, tropezando con un cambio que ahora sabemos que es algo increíblemente bueno. La piedra ha sido removida. Pero María, al principio, no lo ve como algo bueno. ¿Por qué nos resistimos al cambio con todo nuestro ser? Su respuesta es volver corriendo a Simón Pedro y a otro discípulo para contarles su alarmante descubrimiento: «Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto».

María llora. Para ella, Jesús lo era todo. Él fue quien la restauró y quien literalmente resucitó a su hermano Lázaro. ¿Cómo podría seguir adelante sin Jesús? Tal vez, como María, hayas perdido a alguien muy querido.

Al menos tiene su tumba para ir a visitar. Al menos puede venir aquí a apoyarse en la piedra que mantiene a Jesús a su lado. Quizás te sientas identificado. Mucha gente se siente reconfortada al visitar la tumba de un ser querido.

Si la piedra permanece, al menos nada más se le puede quitar a María. Tal vez pensemos que si logramos atrincherar todo lo que apreciamos tras una piedra inamovible, podremos mantener el control.

Pero María no sabe dónde lo han puesto. Jesús ya no está donde ella esperaba encontrarlo. Si llevas tiempo siguiendo a Jesús, quizá te sientas identificado. ¡Dios te sorprenderá! Quizás preferimos la previsibilidad de que Jesús se quedara en el sepulcro. Pero ha resucitado y está activo, moviéndose en el mundo y en nuestras vidas. No puedes meterlo en una caja. Ciertamente no en una caja hecha para la muerte.

Nuestras predicciones de las acciones de Dios están limitadas por nuestra experiencia y conocimiento humanos.

Y aquí está la buena noticia: no necesitamos un Dios predecible.

Necesitamos un Dios confiable. Y Dios es absolutamente digno de nuestra confianza. Incluso cuando todo parezca fuera de control, podemos confiar en la guía de Jesús.

Después de que María se lo contó a Pedro y al otro discípulo, "se pusieron en camino y fueron al sepulcro". ¿Quién es este discípulo anónimo? Imagina que eres tú. Hoy, en esta historia, María corre hacia ti para asegurarte que la piedra ha sido removida. Esta historia te invita a mirar dentro del sepulcro con Pedro. ¿Qué verás?

¿Te imaginas siendo parte de esta historia? ¡Porque lo eres! La historia que Dios ha estado contando desde el principio de los tiempos te incluye.

Los discípulos presenciaron una escena impactante. Pedro vio «las vendas de lino allí, y el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, no con las vendas de lino, sino enrollado en un lugar aparte». Entonces el otro discípulo también entró, y «vio y creyó, pues aún no entendían la Escritura, que decía que [Jesús] debía resucitar de entre los muertos».

¿No te alegra que Juan cuente la historia así? Ni siquiera los discípulos que vivieron con Jesús y aprendieron de él comprendían del todo las

Escrituras. La Biblia no es solo para pastores y eruditos. ¡La Biblia es para todos! La Biblia es para ti.

Leemos las Escrituras para reconocer y profundizar en el amor que Dios **ya** nos ha dado en Jesús. Dios actuó primero. Aprender sobre Dios a través de las Escrituras nos ayuda a comprender y vivir esa realidad.

Jesús pronuncia nuestro nombre. Y el fruto de ello es que queremos leer la Biblia.

Los discípulos regresan a sus casas, pero María se queda allí, llorando fuera del sepulcro.

...se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde yacía el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les respondió: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto».

Se gira y se encuentra cara a cara con Jesús, pero no sabe que es él. Afortunadamente, Jesús sabe cómo abrirle los ojos. Le habla. Empieza con la misma pregunta que hacen los ángeles y añade una propia: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Estas dos preguntas van de la mano. Conectan las lágrimas de María con su anhelo por Jesús.

Nuestras lágrimas nos dicen que hay más, y nos impulsan a mirar más allá. El dolor puede impulsarnos hacia lo que nos falta. Te sientes triste cuando te ignoran porque fuiste creado para pertenecer. Te sientes mal cuando te sientes solo porque fuiste creado para la comunidad. Sientes desesperación porque la vida parece inútil porque en realidad anhelas un propósito. Pero Dios te ha llamado suyo y te ha dado un propósito. **Jesús pronuncia tu nombre.**

Ahora María está cara a cara con Jesús, hablándole, y aún no lo reconoce. Si pudieras adentrarte en la historia, quizá quisieras decirle: «María, ¿no lo entiendes?». Quizás quieras recordarle que la piedra ha sido movida y que la tumba está vacía. ¿Intentarías convencerla de que esto prueba que Jesús está vivo? Sin duda, si usamos nuestras palabras de forma convincente y con una lógica irrefutable, podremos lograr que María vea la verdad de la resurrección. Hay muchos libros llenos de argumentos para convencer a otros de que Jesús sí resucitó.

Pero quizás deberíamos simplemente contenernos y dejar que Jesús hable. Después de todo, él es la Palabra de Dios. Esta misma Palabra tiene el poder de crear el universo entero. Y aquí, en esta historia, escuchamos las palabras que elige decirle a María para abrirle los ojos. Usa solo una: «María».

Jesús pronuncia la única palabra que no puedes negar y que te habla de manera personal: tu nombre. Eso es lo que vemos en la historia. Jesús restaura todo lo que María había perdido al pronunciar su nombre.

¿Qué pasaría si tuviéramos esto presente al vivir como enviados de Dios para compartir su buena nueva con el mundo? Si eres seguidor de Jesús, ¿comenzaste a confiar en Él porque alguien presentó un argumento convincente que demostraba la existencia de Dios?

No, te encontraste con Jesús. Y experimentaste a Jesús a través de su Cuerpo, su Iglesia. **Jesús pronunció tu nombre.**

Por eso seguimos el ejemplo de Jesús y decimos a nuestro prójimo: «Vengan y vean». Simplemente vengan. Pasen tiempo con nosotros y sientan la necesidad de pertenecer. Vengan a experimentar el reino, a encontrar el amor de Dios.

No tenemos que empezar con discusiones. No tenemos que esperar a que otros "reconozcan" a Dios para incluirlos en nuestra comunidad de creyentes. Podemos envolverlos en nuestro amor por Dios y por los demás.

Podemos mostrarles quién es Dios viviendo los valores del reino. Podemos cuidarlos con paciencia.

Jesús pronuncia sus nombres, el Espíritu Santo los convence, y el Padre los atrae a su corazón.

Después de todo, María es reconocida por Jesús antes de que ella lo reconozca a él. Jesús da el primer paso. Al igual que al rescatar y salvar a la humanidad, Dios dio el primer paso.

Y todo cambia porque Jesús pronuncia el nombre de María. Jesús restablece su relación. Pero aún no ha terminado.

Jesús le da un nombre más profundo. Le da una nueva identidad. Así como nos da una nueva identidad a nosotros. Le dice:

“No me toques, porque aún no he subido al Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».”

¿Ves lo que Jesús ha hecho? La ha introducido en la propia relación que Él tiene con su Padre. No se conformará con menos. Jesús ha llevado la relación de María con él más allá de su relación anterior. Ahora debe tratarlo como su hermano. El Padre de Jesús es su Padre. Ella es hija de Dios.

Jesús no solo **toma** lo que nosotros mismos no podíamos soportar: nuestra muerte, nuestro sufrimiento, nuestro pecado. También nos **da** su vida. ¡Esto lo cambia todo! Jesús comparte con nosotros su vida con el Padre y el Espíritu Santo.

Y esa vida fluye hacia afuera. Versículo 18.

“María Magdalena fue y anunció a sus discípulos: «He visto al Señor»; y les contó que él le había dicho estas cosas.”

Jesús le encomienda que vaya y lo cuente. Porque la buena noticia no es solo para María. No podemos guardárnosla para nosotros.

Jesús pronuncia nuestro nombre. Como María, cuando «hemos visto al Señor», él nos transforma. Y lo que rebosa es que queremos que otros «vean al Señor».

Tenemos esta historia para leer en la mañana de Pascua, para aprender cuán fiel es Dios. Él nunca nos dejará ni nos abandonará. De hecho, cuando ascendió a su Padre, nos llevó consigo. Él se niega a dejarnos. Leamos esta buena noticia de Efesios.

...4 Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros,
5 nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados.
¡Por gracia ustedes han sido salvados! 6 Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, 7 para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús. [Efesios 2:4-7](#)
[NVI](#)

Alegrémonos de que Jesús nos elevó en su relación con su Padre.
Alegrémonos de que nuestro Salvador nos ha rescatado del pecado y de la muerte.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

- El sermón destacó que "todavía estaba oscuro" la mañana de Pascua. ¿Cómo te ayuda este detalle de la historia en la celebración de la Pascua cuando existe tanta oscuridad en nuestro mundo?
- María Magdalena tuvo dificultades para adaptarse a los cambios que encontró en la tumba vacía. ¿Te identificas con la lucha de María por adaptarse a los cambios, incluso cuando estos son positivos?
- ¿Cómo podría la resurrección de Jesús desafiar nuestro deseo de tener el control? ¿De qué maneras intentamos aferrarnos a Jesús en lugar de confiar en su obra en nosotros?
- ¿Cómo podríamos ir y decirle a la gente que "hemos visto al Señor", y al mismo tiempo confiar en la obra del Espíritu Santo en sus vidas?

INICIO

Sermón del 12 de abril de 2026

Segundo Domingo de Pascua

Reflexión: La expresión "Tomás el incrédulo" proviene del relato bíblico donde uno de los discípulos lucha con la duda después de la resurrección de Jesús. En el evangelio de Juan 20:24-29, Tomás no estaba presente cuando Jesús se apareció por primera vez a los discípulos. Cuando ellos le dijeron que habían visto al Señor, respondió: *«Si no veo las marcas de los clavos en sus manos... no lo creeré»*.

Una semana después, Jesús volvió a aparecerse, esta vez con Tomás presente. Con gracia y paciencia, lo invitó a ver sus heridas y le dijo: *«Deja de dudar y cree»*. Entonces Tomás respondió con una de las confesiones de fe más profundas de la Biblia: *«¡Señor mío y Dios mío!»*.

Esta historia nos recuerda que la duda es una experiencia humana común. Incluso quienes creen pueden atravesar momentos de incertidumbre. En el evangelio de Marcos 9:24, un padre le dice a Jesús: *«Creo; ¡ayúdame en mi incredulidad!»*. Jesús no rechaza esa oración; al contrario, responde con compasión.

La vida de Tomás demuestra que la duda no tiene la última palabra. La tradición cristiana cuenta que más tarde llevó el evangelio hasta la India. Cuando llevamos nuestras preguntas a Cristo, él puede transformar nuestra duda en una fe más profunda, porque el Señor resucitado sigue encontrándose con nosotros hoy.

[Salmo 16:1-11](#) • [Hechos 2:14a , 22-32](#) • [1 Pedro 1:3-9](#) • [Juan 20:19-31](#)

El tema de esta semana es **"La paz viene a nosotros"**. En nuestro salmo, el salmista muestra una confianza firme en la promesa divina de vida después de la muerte. En Hechos, Pedro confirma y declara que Jesús no fue abandonado a la tumba, sino que resucitó a una nueva vida. En 1 Pedro, leemos que Pedro afirma de nuevo que hemos recibido nueva vida gracias a la resurrección de Cristo. Y en nuestra perícopa de Juan, Jesús se

aparece a los discípulos después de su resurrección, lo que da lugar a la promesa de Juan de que todo aquel que crea en Cristo poseerá una nueva vida.

Recordatorio: Este párrafo introductorio pretende resumir las cuatro selecciones de Leccionario Común Revisado de la semana para ayudar al predicador a preparar el sermón. **No** está previsto que se incluya en el sermón.

La paz viene a nosotros

Juan 20:19-31 NVI

Jesús se aparece a sus discípulos 19 Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando reunidos los discípulos a puerta cerrada por temor a los judíos, entró Jesús y poniéndose en medio de ellos, dijo: —¡La paz sea con ustedes! 20 Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. 21 —¡La paz sea con ustedes! —repitió Jesús—. Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes. 22 Acto seguido, sopló sobre ellos y les dijo: —Reciban el Espíritu Santo. 23 A quienes perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados. Jesús se aparece a Tomás 24 Tomás, al que apodaban el Gemelo y que era uno de los doce, no estaba con los discípulos cuando llegó Jesús. 25 Así que los otros discípulos le dijeron: —¡Hemos visto al Señor! —Mientras no vea yo la marca de los clavos en sus manos, y meta mi dedo en las marcas y mi mano en su costado, no lo creeré —repuso Tomás. 26 Una semana más tarde estaban los discípulos de nuevo en la casa y Tomás estaba con ellos. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró y, poniéndose en medio de ellos, los saludó. —¡La paz sea con ustedes! 27 Luego dijo a Tomás: —Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de fe. 28 —¡Señor mío y Dios mío! —exclamó Tomás. 29 —Porque me has visto, has creído —le dijo Jesús—; dichosos los que no han visto y sin embargo creen. 30 Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. 31 Pero estas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida. [Juan 20:19-31 NVI](#)

Imagínate esto: Estás en casa y las puertas están cerradas. Es tarde en la noche después de la mayor decepción de tu vida. Quizás acabas de perder

tu trabajo, has recibido malas noticias o has decepcionado a alguien. Has cerrado el mundo; te escondes. Las persianas están bajadas. El miedo, la vergüenza y la incertidumbre llenan la habitación con una pesadez que se siente en el aire. Repites cada "¿y si...?", cada arrepentimiento y cada pensamiento de ansiedad.

Aquí es donde encontramos a los discípulos de Jesús, encerrados, sintiéndose derrotados e inseguros de lo que viene después.



Y aquí está la buena noticia desde el principio: es precisamente tras estas puertas cerradas que aparece Jesús resucitado. No espera a que limpiemos nuestro desorden para entrar. Supera todas las barreras —físicas, emocionales y espirituales— para encontrarnos justo en la desesperación de nuestro miedo y confusión.

Entonces, imaginemos que estamos todos en esa habitación junto con los discípulos, y veamos qué sucede cuando entra el Príncipe de Paz. Y mientras lo hacemos, quiero que se aferren a este punto. Si olvidan todo lo demás, recuerden esto: **La paz viene a nosotros** .

Comenzaremos mirando los versículos 19 y 20.

“Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando los discípulos reunidos, con las puertas cerradas por miedo a los líderes judíos, Jesús llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: «¡La paz sea con ustedes!». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.”

En la tarde de aquella primera Pascua, con las puertas cerradas «por miedo», Jesús llega y se encuentra entre sus discípulos. Las primeras palabras que salen de su boca son: «La paz sea con ustedes».

Imaginen cómo se habrían preparado los discípulos. Casi todos habían abandonado a Jesús; huyeron cuando lo arrestaron. Juan es identificado como el único discípulo varón presente en la cruz. Quizás esperaban que Jesús expresara su desaprobación o que les indicara qué hacer para reparar su relación.

En cambio, Jesús ofrece una bendición: «La paz sea con ustedes». Simplemente entra en medio de ellos y declara la paz. Y se llenaron de alegría.

Jesús no empieza con el desempeño de los discípulos. Empieza con su propia presencia.

Esto es importante porque nos dice algo sobre cómo Jesús nos encuentra. No es nuestra perfección moral ni nuestra autosuficiencia lo que trae de cerca a Cristo. Los discípulos estaban escondidos, afligidos y probablemente profundamente avergonzados, sintiendo que le habían fallado a su Señor. Entonces Jesús interviene en su gran necesidad.

Les muestra las manos y el costado, heridas que hablan a la vez de sufrimiento y de victoria, y repite el saludo: «¡La paz esté con vosotros!». De nuevo, Jesús no empieza por lo que habían hecho. Empieza por quién es él y lo que ha hecho.

Y cuando les muestra sus cicatrices, no solo demuestra que es él. Está predicando sin palabras.

Esas heridas dicen:

«Llevé los clavos».

«Llevé la lanza».

«Llevé la maldición».

«Llevé todo el peso del pecado y la muerte».

Y esto es lo que debemos decir con claridad: Jesús hizo por nosotros, en nosotros, lo que no podemos hacer por nosotros mismos. A eso nos referimos cuando decimos que la obra de Jesús es vicaria: que Jesús actuó en nuestro lugar, en nuestro nombre, como nuestro representante. Tomó lo que merecíamos. Dio lo que jamás podríamos ganar.

Los discípulos no iban buscando la paz. No la consiguieron. La paz les llegó. Jesús es nuestra paz; Jesús es Dios con nosotros.

A veces la paz que imaginamos es simplemente que "no pasa nada malo". Pero la paz de Jesús no es negación. No es fingir mientras se nos parte el corazón.

La paz que Jesús da no niega nuestro dolor, sino la paz que nos brinda su presencia en medio de él. Su paz tampoco es la ausencia de problemas, sino la promesa de que nunca nos dejará ni nos abandonará. Es la paz de no estar solos.

Jesús trae la paz que surge a través del sufrimiento real. Y como Jesús es humano y soportó la cruz, comprende el sufrimiento. La suya es una paz que ha transitado por la crucifixión y ha quebrantado el poder de la muerte. Una paz anclada en el amor y el poder inquebrantables.

La palabra que se utiliza para la paz en Juan 20 significa paz en plenitud, armonía, seguridad y prosperidad. Se refiere a la restauración de una relación correcta con Dios. Paz como una relación rota que se está reconstruyendo. Como una vida que se dispersó y se está reconstruyendo. Jesús no dice «La paz esté con ustedes» como un saludo cortés. Él es nuestra paz y se entrega por nosotros.

La paz viene a nosotros.

Jesús nos encuentra en los mismos lugares donde nos sentimos menos dignos de recibirlo. Y, sin embargo, las puertas que intentamos cerrar para mantener alejados nuestros miedos no pueden impedir la entrada de Cristo. Ningún muro emocional, ninguna montaña de culpa, ninguna fortaleza de arrepentimiento es demasiado fuerte para quien atraviesa puertas cerradas.

Si tu corazón está cansado, tu alma ansiosa, tu mente plagada de preguntas, recuerda: La paz viene a ti.

Entonces, veamos qué hace Jesús a continuación en los versículos 21-23.

Enviando testigos, no expertos

“Jesús dijo de nuevo: «¡La paz sea con ustedes! Como el Padre me envió, yo también los envió». Y dicho esto, sopló sobre ellos y dijo: «Reciban el Espíritu Santo...».

Después de saludar a sus discípulos con la paz, Jesús dice inmediatamente: «Como el Padre me envió, también yo los envió.» La misión no se cancela por la duda o por esconderse; renace en su gracia.

Y fíjense en el orden de nuevo. Primero la paz. El envío después. Jesús no dice: “Reúnanse y luego los enviaré”. No dice: “Demuestren que son leales y luego tendrán un papel”. Él comparte su paz con nosotros, y luego nos da un propósito.

Y lo arraiga en Dios mismo: “Como el Padre me envió...”

No es un detalle menor. Nos dice que la misión no es idea de la Iglesia. Es el corazón de Dios.

Aquí presenciamos claramente el modelo trino:

El Padre es el Enviador: envía con amor.

El Hijo es el Enviado: se acerca en carne, sufre por nosotros, resucita por nosotros.

El Espíritu Santo es Dios en nosotros: nos da vida, valor y poder que no tenemos por nosotros mismos.

No se trata de tres dioses separados. Es el único Dios que es Padre, Hijo y Espíritu: un solo Dios que actúa por nuestra salvación. El Padre envía al Hijo para llevarnos a casa. El Hijo no viene solo a mostrarnos un camino; se convierte en nuestra paz por su obra consumada en la cruz. Y el Espíritu no sólo nos impulsa; nos da la vida misma de Cristo para que podamos vivir en paz en un mundo lleno de temor.

Entonces Jesús sopla sobre ellos. Esa imagen importa. La frase «Reciban el Espíritu Santo» no es una nota al margen. Es el motor de toda la misión. Es como si en ese aliento, Jesús dijera: «No los envío con sus propias fuerzas. Les doy mi Espíritu».

Y aquí es donde necesitamos hacer inconfundible la obra terminada de Cristo: los discípulos están siendo enviados como personas que han sido rescatadas.

Jesús envía a personas que saben lo que es tener miedo, necesitar perdón y ser perdonados. Encomienda a personas que saben que necesitan gracia. Jesús nos envía como testigos.

Y cuando Jesús habla del perdón aquí, debemos entenderlo como una buena noticia. La Iglesia ha recibido un mensaje: Jesús es la fuente del perdón. No solo anuncia el perdón, sino que lo compró con su sangre. Y somos enviados a anunciar lo que es verdad por su obra terminada: que la paz y la reconciliación se ofrecen a todos.

La misión es compartir lo que recibimos al unirnos a Dios en lo que Él ya está haciendo en el mundo (restaurando, redimiendo, sanando, reconciliando) a través de la vida cotidiana en lugares cotidianos. En el trabajo, cuando te niegas a aplastar a alguien y, en cambio, ofreces paciencia. En casa, cuando eliges el perdón en lugar de un frío distanciamiento. En tu vecindario, cuando percibes el dolor y lo abor das con amabilidad. Esa es la paz de Dios derramándose en el mundo.

La paz viene a nosotros.

¿Pero qué pasa con las dudas, especialmente aquellas que parecen puertas cerradas dentro de nuestra mente?

Leemos en los versículos 24-29 que Tomás no estaba presente durante ese primer encuentro. Así que, cuando los demás discípulos le cuentan que vieron a Jesús, responde: «Si no veo las marcas de los clavos... no creeré».

De ahí la expresión «Tomás el incrédulo». Pero lo cierto es que la mayoría habríamos reaccionado igual. Tomás no pide nada más de lo que los demás recibieron; simplemente lo dice en voz alta.

Quizás seas tú. No intentas ser difícil. Estás siendo honesto. «Quiero creer. Pero no puedo obligarme a creer».

¿Y qué hace Jesús con eso?

Una semana después, los discípulos se reúnen de nuevo, a puerta cerrada, e incluye a Tomás. Jesús regresa y les ofrece las mismas palabras: «La paz sea con ustedes».

Responde al escepticismo de Tomás con una invitación, no con un regaño, sino con amabilidad: «Pon tu dedo aquí; mira mis manos... Extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de dudar y cree».

He aquí un Salvador que no se deja intimidar por nuestras preguntas, que da cabida a la indagación honesta y que se ofrece como respuesta. Dice: «Tomás, mírame». Porque las heridas cuentan la historia. Las cicatrices son el sermón.

La respuesta de Tomás —«¡Señor mío y Dios mío!»— no es un simple entendimiento intelectual; es el clamor del alma de alguien para quien Dios acaba de hacerse realidad. No es solo una idea. Es una Persona. Jesús resucitado está aquí, vivo, y sus heridas significan algo para mí.

Esa es la gracia vicaria: Jesús murió por nosotros y en nuestro lugar. Cargó con lo que nosotros no podemos cargar. Pagó con lo que nosotros no podemos pagar. Tomó nuestro pecado en su cuerpo y lo enterró en su tumba. Y al resucitar, nos trae a su vida con el Padre, por el Espíritu. Jesús entonces dice: «Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no han visto y han creído».

Esto es importante para las generaciones futuras, para ti y para mí. La fe es confiar en la presencia y la promesa de Jesús, incluso cuando no podemos ver sus heridas con los ojos.

No es tu conexión con Dios lo que te salva. Es la conexión de Dios contigo. Sigues estando presente cuando tienes dudas. A menudo, la duda es la fe que busca algo a lo que aferrarse. "Quiero creer; ayúdame a entender". Al Padre no le disgusta tu debilidad.

El Hijo no se aleja de ti en tus preguntas sino que se acerca con cicatrices. El Espíritu no te abandona sino que te atrae hacia el corazón del Padre cuando creer resulta difícil.

La paz viene a nosotros.

Puertas cerradas para abrir vidas ([Juan 20:30-31](#))

El Evangelio de Juan nos cuenta esta historia para que “**nosotros creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida.**”. Jesús nos invita a cada uno de nosotros a algo real y personal.

“Creer” no es un acontecimiento que ocurre una sola vez, sino un camino que dura toda la vida, marcado por encuentros con Cristo que nos encuentra una y otra vez, incluso en habitaciones cerradas.

Y la conclusión de Juan nos recuerda: la resurrección no es solo un final feliz para una historia antigua. Es el comienzo del nuevo mundo de Dios, que llega a través del tiempo hasta nuestras vidas.

Las “puertas cerradas” no son sólo detalles de las circunstancias de los discípulos; se convierten en una imagen de cada lugar de la vida donde el miedo, la vergüenza y la desilusión mantienen a las personas encerradas.

Pensemos en la frecuencia con la que llevamos cargas: remordimientos del pasado, ansiedades por el futuro, heridas que nos dificultan volver a confiar o tener esperanza.

La resurrección de Jesús significa que ninguna de estas puertas cerradas es definitiva. Por el poder de su Espíritu, Cristo entra siempre en esos lugares, ofreciendo no solo su presencia, sino también su vida misma. Esta vida resucitada que recibimos es la vida misma de Cristo, que nos fue dada en la Persona del Espíritu Santo. En la vida de Cristo, podemos ver cómo su paz vence nuestro miedo. En su vida, experimentamos el perdón para nosotros mismos y la capacidad de extenderlo a los demás. La vida resucitada tiene que ver con lo que Cristo ya hizo y ahora comparte con nosotros.

En esta historia de la habitación cerrada, vemos un movimiento: del escondite a la apertura, del miedo al coraje, del aislamiento a la comunidad y al propósito.

Esta vida está moldeada por la paz de Jesús, una paz que el mundo no puede dar pero que todas las puertas cerradas del mundo no pueden dejar afuera.

La habitación cerrada de los discípulos se convierte en un santuario, no para escapar del peligro, sino por la presencia del Señor resucitado en su centro.

Y no pasemos por alto esto: aquellos primeros creyentes, antes paralizados por el miedo, se convierten en valientes embajadores de la paz de Cristo. Pero ¿por qué?

No porque llegaron a ser impresionantes.

Sino porque Jesús sopló sobre ellos.

Porque Jesús les dio su Espíritu.

Porque Jesús hizo la paz mediante su cruz.

Porque Jesús resucitó y estuvo vivo entre ellos.

Las puertas cerradas que una vez los aprisionaron ahora se abren de par en par al ser enviados por el poder del Espíritu a proclamar el perdón en Cristo. Son testigos vivientes de la verdad de que ningún obstáculo es mayor que el amor de Dios revelado en Jesús.

Esa es la misión: llevar la paz de Dios a los lugares que aún se sienten cerrados. Decirles a los demás que **la paz viene a nosotros**.

Hoy, puede que te sientas como si te estuvieras escondiendo, aislado de la esperanza y la alegría, agobiado por la ansiedad o el arrepentimiento. Quizás tu fe se sienta frágil, como la de Tomás.

Escucha esto: Jesús entra en esos espacios y comparte su paz contigo. Él te recibe con las cicatrices que te dejaron la muerte y la tumba. Te recibe con su aliento —su Espíritu— guiándote y fortaleciéndote. Te recibe con palabras que te comisionan a ser su mensajero de gracia.

El Padre envía al Hijo.

El Hijo se entrega por ti en su obra consumada en la cruz.

El Espíritu te da la vida y la paz de Cristo desde dentro.

Tus dudas no lo alejan. Tus fracasos no pueden con el poder de la resurrección. Las puertas que cierras no pueden impedir que entre su amor.

Así que, cuando Jesús dice: «La paz sea con ustedes», no les está dando un eslogan. Se está dando a sí mismo.

¡La paz viene a nosotros!

Preguntas para conversar en grupos pequeños

- ¿Cuáles son algunas formas en las que puedes hablar “paz” a la vida de alguien?
- ¿Es reconfortante saber que simplemente estamos llamados a compartir lo que hemos recibido y no a ser expertos?
- ¿Qué haces si tienes dudas sobre tu fe?
- ¿Has visto a Cristo atravesar las paredes de tu vida, de tu corazón? Si es así, ¿cómo?

INICIO

Sermón del 19 de abril de 2026 — Tercer Domingo de Pascua

Reflexión: Cuando Jesús habló con Nicodemo, utilizó una imagen sorprendente para describir la vida en el reino de Dios: **nacer de nuevo**. En el evangelio de Juan 3:3, Jesús dice: «*El que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios*». Con estas palabras, Jesús no se refería simplemente a mejorar algunos aspectos de la vida, sino a una transformación profunda que solo Dios puede producir.

Más adelante, el apóstol Pedro retomó esta misma imagen para animar a los creyentes que vivían tiempos difíciles. Muchos de ellos eran rechazados por su fe y se sentían como extranjeros en su propia cultura. Sin embargo, Pedro les recordó una verdad poderosa: «*Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo, para que tengamos una esperanza viva*» (Primera carta de Pedro 1:3).

Ser nacido de nuevo significa que nuestra vida ya no está definida por el pasado, sino por la nueva realidad que Cristo inauguró con su resurrección. También significa que ahora tenemos una **herencia eterna**, descrita como «*incorruptible, incontaminada e imperecedera*» (1 Pedro 1:4).

Aunque a veces podamos sentirnos fuera de lugar en un mundo que no comparte nuestra fe, recordamos que pertenecemos a Dios. En Cristo hemos recibido una nueva familia, una nueva identidad y una esperanza que nunca se apaga. Por eso, podemos vivir con valentía y alegría, confiando en la nueva vida que Dios ya ha comenzado en nosotros.

[Salmo 116:1-4](#) , [12-19](#) • [Hechos 2:14a](#) , [36-41](#) • [1 Pedro 1:17-23](#) • [Lucas 24: 13-35](#)

El tema de esta semana es **Jesús nos abre los ojos**. En nuestro salmo de llamado a la adoración, el salmista clama en su angustia. Luego, al ser liberado de la muerte, responde con gratitud y alabanza pública. En Hechos, el poder de la resurrección de Dios lleva a las personas de la confusión y la culpa al arrepentimiento y la renovación, formando una nueva comunidad de creyentes. En 1 Pedro, se insta a los creyentes, redimidos por la resurrección de Cristo, a confiar en Dios, vivir con esperanza y amarse profundamente. Y en la perícopa de nuestro sermón en Lucas, los discípulos abatidos se encuentran con Jesús resucitado, quien les abre los ojos. Entonces se apresuran a compartir la buena noticia.

Recordatorio: Este párrafo introductorio pretende resumir las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de la semana para ayudar al predicador a preparar el sermón. **No** está previsto que se incluya en el sermón.

Jesús nos abre los ojos

Lucas 24:13–35 NVI

13 Aquel mismo día, dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. 14 Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. 15 Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; 16 pero no lo reconocieron, pues sus ojos estaban velados. 17 —¿Qué vienen discutiendo por el camino? —preguntó. Se detuvieron, cabizbajos. 18 Uno de ellos, llamado Cleofas, le dijo: —¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no se ha enterado de todo lo que ha pasado recientemente? 19 —¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó. Ellos respondieron: —Lo de Jesús de Nazaret. Era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. 20 Los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron; 21 pero nosotros abrigábamos la esperanza de que era él quien redimiría a Israel. Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto. 22 También algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron asombrados. Esta mañana, muy temprano, fueron al sepulcro, 23 pero no hallaron su cuerpo. Cuando volvieron, nos contaron que se les habían aparecido unos ángeles quienes les dijeron que él está vivo. 24 Algunos de nuestros compañeros fueron

después al sepulcro y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron. 25 —¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! 26 ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria? 27 Entonces, comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. 28 Al acercarse al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como que iba más lejos. 29 Pero ellos insistieron: —Quédate con nosotros que está atardeciendo, pronto será de noche. Así que entró para quedarse con ellos. 30 Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. 31 Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. 32 Se decían el uno al otro: —¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras? 33 Al instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once y a los que estaban reunidos con ellos. 34 «¡Es cierto! —decían—. El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón». 35 Los dos, por su parte, contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo habían reconocido a Jesús cuando partió el pan.

¿Alguna vez has dado un paseo que se sentía más pesado con cada paso? Quizás fue después de una gran decepción, la muerte de un ser querido o una esperanza que se alejaba de tu alcance cada vez más. Con cada paso, tienes más preguntas y las respuestas parecen lejanas. [Quizás quieras compartir un momento de tu vida como este].

La mayoría de nosotros, en algún momento u otro, nos hemos encontrado caminando en un punto intermedio: en algún lugar entre el dolor y la esperanza, la confusión y la claridad.

Quizás esta mañana has traído tus propias cargas a la iglesia. Has traído la decepción y la duda como tus silenciosas compañeras. Quizás te preguntes:

"¿Dónde está Dios en estos desvíos indeseados de tristeza y confusión?"

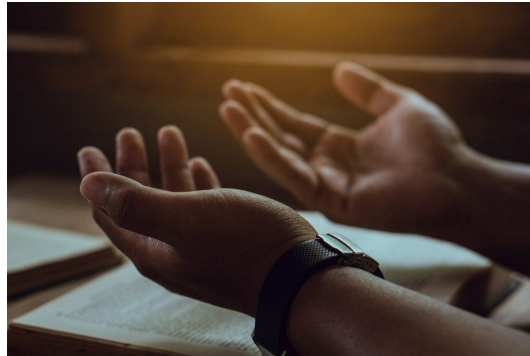
"No siento a Jesús". "

¿Está Jesús con nosotros, incluso cuando no reconozco su presencia?"

"¿Quién es Dios?"

El pasaje bíblico de hoy en Lucas nos sitúa en un camino polvoriento con dos personas identificadas como discípulos. Un discípulo es un estudiante dedicado y seguidor de Jesús. Estos dos discípulos también conocen el dolor y la confusión. Casi han perdido la esperanza.

Pero esto es mucho más que una simple historia de dos personas con cuyo dolor y desesperanza podemos identificarnos. Esta historia nos ayuda a conocer quién es Dios.



Dios es un solo Dios que existe en tres Personas, la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En esta historia del camino a Emaús, vemos las acciones de las tres Personas de la Trinidad. Las promesas del Padre se están cumpliendo. El Hijo está con ellos, caminando a su lado. Y el Espíritu ya está infundiendo esperanza en sus corazones, incluso antes de que comprendan por qué.

Escuchemos con atención, porque su historia podría ser también la nuestra. Comencemos leyendo los versículos 13-16.

Estos dos caminan hacia Emaús. Salen de Jerusalén, donde Jesús acaba de ser crucificado. Él es su maestro, su rabino, su amigo. Quizás van a escapar de la angustia y la confusión que sienten por la crucifixión de Jesús.

Cleofas y los demás siguen caminando con dificultad, dejando atrás toda esperanza de que Jesús fuera el Mesías. Esperaban que Jesús fuera el Mesías, el salvador prometido por Dios (versículo 21a). Pero si Jesús está muerto, crucificado, entonces, sin duda, no es el Mesías. No podía salvarlos ahora.

Para la mayoría de nosotros, la vida no siempre ha salido como lo planeamos. Quizás no tengamos que esforzarnos mucho para imaginar lo que sintieron estos dos discípulos. Quizás sepas lo que se siente cuando

tus planes fracasan y tus sueños se hacen añicos. Lo sabes. Has visto cómo tus esperanzas se desmoronan.

¡Pero tú no estás solo, así como los dos que caminaban hacia Emaús no estaban solos!

Con la mirada y el corazón abatidos, de repente se les acerca un desconocido. ¡Es Jesús! Pero no lo reconocen.

¿Por qué no lo reconocen? La respuesta sencilla es que no podemos estar seguros. Isaías profetizó que Jesús no tendría una apariencia extraordinaria; su apariencia no lo haría destacar ([Isaías 53:1-3](#)). Algunos historiadores nos dicen que, de todos modos, un viajero en esa zona no sería necesariamente reconocible. Se habría cubierto la cabeza con su manto para evitar un golpe de calor. O Dios podría haberles ocultado que era Jesús.

La Biblia no lo explica todo con claridad. No necesitamos saberlo con certeza para inspirarnos y encontrarnos con Jesús en esta historia. Quizás hayas entendido que solo los expertos pueden entender la Biblia. Nadie la entiende a la perfección. ¡La Biblia es para todos! La Biblia es para ti. ¿Por qué no empiezas a leerla hoy mismo? Mejor aún, intenta leerla con otros. Sin saberlo todo, escuchamos a Dios hablarnos a través de la Biblia. Entonces, ¿qué podemos aprender de esta historia? Primero, los discípulos creen estar solos, ¡pero no lo están! Es lo que sienten, pero no es cierto. Dios está con ellos. ¡Porque Dios siempre está con nosotros!

En segundo lugar, aprendemos que es Dios quien se revela a sí mismo.

Jesús nos abre los ojos.

¿Qué sucede entonces cuando Jesús se une a Cleofas y al otro discípulo? Simplemente se acerca. Camina con ellos. Vemos el amor paciente de Jesús. No les exige que vean con claridad antes de unirse a ellos.

A nosotros nos pasa lo mismo. Jesús se acerca. Camina con nosotros.

Jesús nos abre los ojos.

Entonces Jesús se une a la conversación con una pregunta: "¿De qué están hablando mientras caminan?". ¡Qué humildes son sus preguntas! Vemos, por lo que se registra sobre Jesús en los Evangelios, que hizo muchas preguntas.

Ahora los dos discípulos responden a la pregunta de Jesús y descargan los pedazos de su maltrecha esperanza.

Le dicen a Jesús: «Teníamos la esperanza de que él sería quien redimiría, rescataría y traería de vuelta a Israel...». Son palabras increíblemente tristes, sin duda. «Teníamos la esperanza».

Sus compañeros fueron a la tumba de Jesús y la encontraron vacía, pero no lo encontraron. Los dos dicen: «No vieron a Jesús». Esas también son palabras tristes. Palabras de decepción. Palabras de dolor. Palabras que quizás hayas orado a tu manera:

«¿Dónde estás, Dios?».

«Esperaba que fuera diferente».

«No te veo, Jesús».

El lamento de los discípulos —«esperábamos»— nos enseña que la fe auténtica no requiere fingimiento. Las Escrituras mismas están llenas de clamores sinceros como: «¿Hasta cuándo, Señor?» y «¿Por qué me has abandonado?». Dios invita a esta clase de veracidad.

Y Jesús lo comprende desde dentro. La noche antes de morir, en el huerto de Getsemaní, oró: « Pase de mí esta copa » . Él sabe lo que es sentir dolor y angustia.

Esta es la belleza de la Encarnación: Dios no se mantiene ajeno a nuestro dolor. En Jesús, Dios se hizo humano y cargó con nuestro dolor. No sólo escuchó nuestro dolor, sino **que lo cargó** . En la cruz, Jesús cargó con lo que nosotros no podíamos soportar. Pagó lo que nosotros no podíamos pagar. Tomó nuestras esperanzas rotas, nuestro pecado y nuestra muerte en su propio cuerpo y completó la obra que nosotros nunca podríamos completar.

El que escucha nuestro dolor es el mismo que ya lo llevó hasta la cruz. Jesús se compadece de su dolor, pero no los abandona en su desesperanza. En el versículo 26, Jesús les dice: «¿No era necesario que el Mesías padeciera estas cosas para luego entrar en su gloria?».

Luego les explica lo que dicen todas las Escrituras sobre él (versículo 27). Jesús no les está dando una lección de historia; les está contando la historia de Dios. Es como si Jesús tomara todas las piezas dispersas y las

expusiera ante los discípulos. Les muestra cómo cada pieza de la historia encaja, y Jesús es el centro.

Toda la larga historia siempre nos ha conducido a Jesús. La cruz no fue una sorpresa ni un error.

Es el rescate.

Lo que creían que era el fin de la esperanza era, en realidad, Dios cumpliendo su promesa de salvarlos. El Mesías sufrió la muerte y la cruzó hasta el final para darnos vida.

Dios siempre ha estado con nosotros y Jesús es como sabemos que es así. Que **Jesús nos abra los ojos** para ver esto una y otra vez.

Ahora el viaje llega a su clímax al llegar a Emaús, no en un aula ni en un púlpito, sino en una sencilla mesa. Los viajeros instan a su nuevo compañero: «Quédate con nosotros». Jesús, su invitado, se convierte en el anfitrión.

Jesús, el anfitrión siempre amable, toma el pan, da gracias, lo parte y comienza a dárselo.

“Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista.” (versículo 31)

Jesús les abre los ojos al partir el pan y repartirlo. Al partirlo, hace más que alimentarlos: se da a conocer.

¿Por qué es importante esto? Este es el mismo Jesús que fue quebrantado en la cruz por ellos. El mismo Jesús que se entregó cuando ellos no pudieron salvarse.

El pan nos recuerda que Jesús dio su vida por nosotros. El pan partido nos recuerda el cuerpo quebrantado de Jesús en la cruz. Partido por nosotros, pero dado libremente.

Esto nos lleva al sacramento de la comunión. Jesús se revela a través de la comunión. Los elementos son pan y vino comunes, pero representan su cuerpo quebrantado y su sangre derramada. Y cada vez que tomamos la Comunión, recordamos. **Jesús nos abre los ojos** a quién es él... una y otra vez.

Verso 32. Después de que Jesús desapareció, se preguntaron unos a otros:

“¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?”

Los corazones de los discípulos "ardían en ellos" mientras Jesús enseñaba, una frase que alude al despertar de la esperanza y al reavivamiento de la fe. ¿Alguna vez has venido a la iglesia esperando la rutina, solo para sentir que el Espíritu te llena de vida? ¿Alguna vez has pasado tiempo en la naturaleza y has sentido la presencia de algo más grande que tú, algo divino que te conmovió? ¿Qué podría pasar si la próxima vez que tu corazón "ardiera", te detuvieras y te volcaras hacia Dios?

El Espíritu es quien **nos abre los ojos** y enciende de esperanza nuestro corazón.

Versículo 33. El camino a Emaús no termina en el aislamiento, sino en comunidad y anunciando la buena nueva. Los discípulos que se alejaron desanimados ahora regresan, llenos de esperanza. La historia de la resurrección siempre crea testigos. Pasamos de los lentos pasos del dolor a la ferviente prisa del gozo.

Se levantaron y regresaron enseguida a Jerusalén. Encontraron a los Once y a los que estaban con ellos... diciendo: «**¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado!**». **Entonces los dos contaron lo que había sucedido en el camino y cómo reconocieron a Jesús al partir el pan.** (Versículos 33-34) ¿Qué sucede cuando te encuentras con Jesús resucitado? No puedes guardártelo para ti. Transformados por su encuentro, los dos discípulos no pueden callarse. Estos discípulos, antes desanimados, regresan corriendo a Jerusalén. No es momento de descansar; tienen una historia que contar, una esperanza que compartir y una alegría que proclamar.

Y observa quién está obrando aquí.

El **Padre** resucitó al Hijo de entre los muertos.

El **Hijo** se dio a conocer en misericordia y amor abnegado.

Y el **Espíritu Santo** ahora envía a estos discípulos de vuelta al mundo, no como expertos, sino como testigos vivos.

El camino a Emaús es el que todos recorreremos. Nos duele el corazón; anhelamos una conversación sincera. Descubrimos a Jesús en las Escrituras y lo encontramos en la mesa. Y Jesús nos envía como testigos.

No esperes a sentirte experto o más preparado. Jesús te ha abierto los ojos y eres un testigo viviente. Es suficiente.

Dios nos invita a compartir su misión y nos envía a compartir la esperanza que hemos encontrado. Para nosotros, esto suele parecer algo común: conversaciones sinceras, gestos de amor silenciosos, pequeños momentos de esperanza compartida. Es algo que **rebosa** de la vida de resurrección que se nos ha dado.

Durante el tiempo de Pascua, recordamos que Cristo realmente resucitó y nos encuentra en cada camino.

Jesús viene a nosotros, nos encuentra donde estamos.

Jesús escucha.

Jesús nos da la buena noticia.

Jesús explica que Dios siempre ha estado con nosotros.

Jesús nos abre los ojos.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

- ¿Cuándo has experimentado el camino de la decepción o la duda? ¿Cómo sentiste (o te costó sentir) la presencia de Dios contigo en ese momento?
- ¿Cómo la Escritura o una palabra de Jesús te han ayudado a replantear tu perspectiva o a darte una nueva esperanza en una temporada difícil?
- ¿De qué maneras has reconocido la presencia de Jesús en la vida cotidiana: en momentos ordinarios, relaciones o comunidad?
- ¿Cómo podrías compartir tu encuentro con Cristo con alguien más esta semana? ¿Qué te gustaría que supiera sobre tu experiencia?

INICIO

Sermón del 26 de abril de 2026

Cuarto Domingo de Pascua

Reflexión: La fe cristiana se sostiene sobre un acontecimiento central: la resurrección de Jesús. La tumba vacía no es solo un detalle de la historia, sino una señal poderosa de que Dios ha actuado para reconciliar al mundo consigo mismo. Como declara Primera carta a los Corintios 15:20, «Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicias de los que durmieron». Su resurrección anuncia que el pecado ha sido perdonado y que una nueva vida ha comenzado para la humanidad. Jesús mismo explicó esta nueva realidad usando otra imagen llena de significado. En el Evangelio de Juan 10:9 dijo: «Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Se moverá con libertad, y hallará pastos». Con estas palabras, Jesús se presenta como la puerta abierta hacia la vida verdadera. Mientras que el mundo muchas veces ofrece caminos que roban la paz y destruyen la esperanza, Jesús ofrece algo diferente: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Juan 10:10). Gracias a su muerte y resurrección, la puerta hacia esa vida está abierta para todos. Seguir a Cristo no significa que la vida será perfecta, pero sí que nunca caminaremos solos. El Señor resucitado nos guía, nos perdona y nos invita a vivir cada día dentro de su amor. En él encontramos el camino hacia la vida plena y la esperanza eterna.

[Salmo 23:1-6](#) • [Hechos 2:42-47](#) • [1 Pedro 2:19-25](#) • [Juan 10:1-10](#)

El tema de hoy es: **El Buen Pastor se conoce por la vida que da** . En nuestro llamado a la adoración, repasamos uno de los pasajes más memorizados de las Escrituras: el Salmo del Pastor. En Hechos, vemos a los hermanos de la iglesia funcionando juntos de forma armoniosa, casi como un rebaño bien pastoreado. En 1 Pedro se nos llama a regresar al pastor que guarda y restaura nuestras almas. Y en la lectura del Evangelio

de hoy, Jesús se presentará como la puerta del redil y el pastor que guía al rebaño.

Recordatorio: Este párrafo introductorio pretende resumir las cuatro selecciones de Leccionario Común Revisado de la semana para ayudar al predicador a preparar el sermón. **No** está previsto que se incluya en el sermón.

Jesús abre nuestros ojos

Juan 10:1-10 NVI

10 »Les aseguro que el que no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que trepa y se mete por otro lado, es un ladrón y un bandido. 2 El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. 3 El portero le abre la puerta y las ovejas oyen su voz. Llama por nombre a las ovejas y las saca del redil. 4 Cuando ya ha sacado a todas las que son suyas, va delante de ellas y las ovejas lo siguen porque reconocen su voz. 5 Pero jamás seguirán a un desconocido; más bien, huirán de él porque no reconocen la voz del extraño. 6 Jesús les puso este ejemplo, pero ellos no captaron el sentido de sus palabras. 7 Por eso volvió a afirmar: «Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. 8 Todos los que vinieron antes de mí eran unos ladrones y unos bandidos, pero las ovejas no les hicieron caso. 9 Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Podrá entrar y salir con libertad y hallará pastos. 10 El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.



Esa es la imagen que Jesús nos da en Juan 10. Pero este pasaje no trata principalmente sobre cómo se comportan las buenas ovejas. Trata sobre quién es el Buen Pastor y qué clase de mundo trae consigo.

Las ovejas no son los personajes principales; Jesús sí lo es. Una buena manera de leer la Biblia es preguntarse: "¿Qué está haciendo Dios aquí?", porque Él siempre es el protagonista.

Jesús comienza con una imagen que sus oyentes reconocerían de inmediato. A veces la Biblia parece confusa porque no entendemos la vida en la época en que fue escrita. Este podría ser un ejemplo, ya que la mayoría de los lectores modernos no han pasado tiempo con rebaños de ovejas. Pero digamos que vives en una gran ciudad; podrías intentar transmitir tu mensaje haciendo comparaciones con viajar en metro. Usarías un ejemplo con el que tus oyentes pudieran comprender y con el que se identificaran fácilmente.

Así pues, Jesús nos da una idea al usar un ejemplo de la vida cotidiana. Pero va más allá de pastores y ovejas: también aprendemos sobre el reino de Dios. Reconocemos al Buen Pastor no solo por su voz, sino por la vida de su reino.

Jesús anunció al comienzo de su ministerio que el reino de Dios estaba aquí o cercano. Así que, «cambien su corazón y su mente».

Esa palabra "reino" no significa un lugar en las nubes. Significa gobierno, reinado, estilo de vida.

Hoy, cuando escuchamos la palabra reino, probablemente nos viene a la mente una idea diferente a la de quienes escuchaban a Jesús. Quizás pensemos en reinos que han colonizado otros países, oprimido a la gente y extraído sus recursos. Y cuando escuchamos la palabra "gobernar", quizás solo nos imaginemos acciones negativas, como controlar o dominar. Pero del relato de la creación en Génesis 1, obtenemos la idea de que gobernar significa ejercer poder y autoridad. El reino de Dios, su reinado o gobierno, es donde se ejercen el poder y la autoridad de Dios. Y si Dios es bueno, entonces su reino es bueno. ¡El gobierno de Dios es bueno! El reino de Dios se caracteriza por el amor, la sanidad, la paz y la restauración.

Otra forma de preguntar: "¿Escuchas la voz del Buen Pastor?" es: "¿Reconoces su reino?"

El Buen Pastor se conoce por la vida que da.

Así pues, hablemos de Jesús, el Buen Pastor, que viene con un reino. Jesús comienza:

10 »Les aseguro que el que no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que trepa y se mete por otro lado, es un ladrón y un bandido. 2 El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. [Juan 10:1-2](#)

Jesús habla de un redil, un recinto protegido donde las ovejas se mantienen a salvo. Quien intenta entrar sin usar la puerta, claramente no pertenece allí. Esa persona viene con malas intenciones: robar, hacer daño, tomar lo que no es suyo. En cambio, quien entra por la puerta es el verdadero pastor. Pertenece a las ovejas. Su presencia es legítima, abierta y confiable.

Jesús habla a un mundo lleno de voces en pugna: voces religiosas, voces políticas, voces violentas, voces ansiosas. Voces que prometen seguridad, control, éxito o pureza. Voces que gobiernan por el miedo o la fuerza. Esa parte es la misma que sucede en nuestro mundo hoy. Jesús no habla en abstracto. Esto ocurre justo después de un enfrentamiento con líderes religiosos que habían expulsado a un hombre al que Jesús sanó. Creían ser pastores del pueblo de Dios. Jesús les dice, con suavidad pero con firmeza: «No lo son».

Ladrón y salteador. El uso de estas palabras nos recuerda que no toda voz que suena espiritual o dice hablar en nombre de Dios tiene en mente nuestro bien. ¿Te han lastimado líderes u organizaciones religiosas? ¿Has seguido una voz que te ha generado desconfianza y miedo? Conocerás al verdadero pastor no sólo por lo que dice, sino por lo que produce su reinado.

Un ladrón o salteador se escabulle y se esconde. Usa el engaño para hacer daño. Entra sin derecho. Son impostores. Pero ¿quién puede usar la puerta, entrar por la puerta? El dueño legítimo. El que tiene autoridad para entrar. El verdadero Pastor entra por la puerta, abierta y honestamente.

Esta es la **Encarnación**. Dios se hizo carne en Jesús. Dios —el único con autoridad y poder para hacerlo— entró en nuestro mundo, en nuestra humanidad. No para robar, sino para entregarse.

El **Padre envía a su Hijo** al mundo no para dominarlo, sino para salvarlo. El **Hijo viene entre nosotros**, no como un tirano, sino como un pastor.

Y el **Espíritu abre nuestros corazones** para que reconozcamos este tipo de gobierno.

Reconocer la voz del Buen Pastor y su Reino

Jesús dice:

3 El portero le abre la puerta y las ovejas oyen su voz. Llama por nombre a las ovejas y las saca del redil. **4** Cuando ya ha sacado a todas las que son suyas, va delante de ellas y las ovejas lo siguen porque reconocen su voz. [Juan 10:3-4 NVI](#)

A menudo oímos esto como una imagen muy personal. Y lo es. Jesús nos conoce por nuestro nombre.

Pero hay más aquí. Las ovejas lo siguen.

Durante la Primera Guerra Mundial, unos soldados intentaron robar un rebaño de ovejas de una ladera cerca de Jerusalén. El pastor, que estaba dormido, despertó y vio que su rebaño se había ido. No pudo recuperarlas por la fuerza, así que las llamó con su característico canto. Las ovejas escucharon y regresaron con su legítimo dueño. Los soldados no pudieron evitar que las ovejas volvieran a oír la voz de su pastor.

No sólo reconocemos una voz por el sonido. También la reconocemos por **su dirección** .

La voz de un pastor siempre conduce a alguna parte:

- hacia el agua o hacia los acantilados
- hacia la seguridad o hacia el peligro
- hacia la vida o hacia la muerte

Así que, cuando Jesús dice: “Mis ovejas conocen mi voz”, también está diciendo: “Mis ovejas reconocen que yo las guiaré a la vida”.

El Buen Pastor se conoce por la vida que da.

El Reino que trae el Buen Pastor

¿Adónde nos lleva entonces la voz del Buen Pastor? Aprendemos mucho sobre su reino en el Sermón del Monte de Jesús. Puedes leerlo en Mateo, capítulos 5-7. ¿Por qué no meditar en él esta semana? Considera cómo las enseñanzas de Jesús aquí son más que una simple lista de moralejas. Describe una forma de vida que solo tiene sentido porque el reino de Dios se ha acercado.

La voz del Buen Pastor produce frutos como las Bienaventuranzas, que se encuentran en el Sermón del Monte.

Bienaventurados los pobres de espíritu.

Bienaventurados los mansos.

Bienaventurados los misericordiosos.

Bienaventurados los pacificadores.

En otras palabras, el reino del Buen Pastor se ve así:

- Vida, no muerte
- Amor, no odio
- Sanidad, no daño
- Restauración, no violencia
- Generosidad, no avaricia
- Verdad, no engaño

Estos no son ideales que nos esforzamos por alcanzar por nuestra cuenta. Son señales de la presencia y la acción del Buen Pastor. **Al Buen Pastor se le conoce por la vida que da.**

Donde ves estas cosas activas y este fruto creciendo, estás cerca de la voz del Buen Pastor. Estás experimentando el reino de Dios.

Donde ves sus opuestos —miedo, exclusión, crueldad, destrucción—, estás escuchando otra voz. Estás viendo otro sistema mundano.

El Buen Pastor que es también la Puerta

7 Por eso volvió a afirmar: «Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. **8** Todos los que vinieron antes de mí eran unos ladrones y unos bandidos, pero las ovejas no les hicieron caso. **9** Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo.[a] Podrá entrar y salir con libertad y hallará pastos. [»](#)

[Juan 10:7-9](#)

Esto puede sonar excluyente o abstracto si no tenemos cuidado. Pero Jesús no habla de excluir a la gente. Habla de **mantener la vida dentro** . En tiempos de Jesús, un pastor se acostaba a la entrada del redil por la noche. Se convertía en la puerta. Los depredadores no podían llegar a las ovejas sin pasar primero por él.

Esa imagen nos dice algo profundo sobre Dios.

El Padre no nos protege a la distancia.

El Hijo nos protege con su amor que se da a sí mismo.

Jesús se interpone entre las ovejas y el peligro.

Aquí es donde Juan en el capítulo 10 nos señala la cruz. El Buen Pastor no se limita a guiarnos. Él da su vida.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. (Versículo 11)

Jesús asume la violencia, el pecado, la muerte del mundo, y la detiene con su propio cuerpo. La asumió por nosotros, en nuestro lugar. Esta es la gracia vicaria. Jesús hace por nosotros lo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos.

Él absorbe lo que nos destruiría.

Carga con lo que nosotros no podemos cargar.

Atraviesa la muerte y sale con vida.

Y porque su obra ha terminado, la vida que ahora vive es compartida con nosotros.

“Yo he venido para que tengan vida”

Jesús lo dice claramente:

El ladrón sólo viene para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. [Juan 10:10](#)

Esta abundancia no se trata de más posesiones. Se trata de **plenitud de vida** .

Una vida donde el miedo no gobierna.

Una vida donde las relaciones sanan.

Una vida donde la paz es más fuerte que la violencia.

Una vida donde la escasez se reemplaza con más que suficiente: suficiente para compartir con alegría.

El Buen Pastor se conoce por la vida que da.

La vida que da el Buen Pastor va más allá de la vida física. Y más allá de experimentar, durante nuestra vida, todas las cosas buenas que acabamos de mencionar. Él comparte con nosotros la misma vida que comparte con su Padre y el Espíritu.

Unirnos a la Misión del Buen Pastor

Entonces, ¿cómo reconocemos y nos unimos a la misión de Dios en el mundo?

Podemos preguntarnos: “¿Dónde está ya trabajando el Buen Pastor?” Lo encontramos:

- Donde la vida se protege en lugar de desecharse
- Donde los enemigos se reconcilian en lugar de ser aplastados
- Donde los heridos son sanados en lugar de culpados
- Donde se ayuda a los pobres en lugar de ignorarlos
- Donde se incluye a los diferentes en lugar de convertirlos en chivos expiatorios

•

Ahí resuena la voz del Buen Pastor. **Al Buen Pastor se le conoce por la vida que da.**

El Espíritu es quien nos abre los oídos para escucharlo.

El Espíritu nos capacita para reconocer el reino del Buen Pastor por sus frutos.

Dios ha establecido su reino.

Lo reconocemos y nos unimos a él.

Un rebaño, un pastor

Más adelante en este capítulo, Jesús dice:

“Y tengo otras ovejas que no son de este redil. También debo traerlas, y escucharán mi voz. Así habrá un solo rebaño, un solo pastor.” [Juan 10:16](#)

El reino del Buen Pastor siempre es más grande de lo que esperamos.

Derriba muros.

Cruza fronteras.

Reúne a personas que no creemos que encajen.

Esta es la misión del Buen Pastor: buscar a todos. Y nos invita a hacernos eco de ese llamado. La misma voz que nos consuela también nos envía, para que otros puedan conocer su cuidado y su vida abundante.

El Padre reúne.

El Hijo da su vida.

El Espíritu nos envía a vivir como señales y ciudadanos de este reino.

Conclusión: Aprender la forma de la regla del Buen Pastor

Reconocemos al Buen Pastor no sólo por su voz, sino por la vida de su reino: vida marcada por el amor, la sanación, la paz y la restauración. ¿Cómo sabemos entonces si estamos compartiendo la vida con un rebaño de ovejas que siguen al Buen Pastor?

Porque su vida en comunidad adquiere la forma de su reino: donde hubo odio, crece el amor.

Donde hubo daño, comienza la sanación.

Donde hubo avaricia, surge la generosidad.

Donde hubo muerte, irrumpe la vida.

Este no es nuestro logro. Es el resultado de ser guiados por el Pastor que dio su vida por nosotros.

El gobierno del Buen Pastor no mata; da vida.

El gobierno del Buen Pastor no roba; provee redención.

El gobierno del Buen Pastor no destruye; restaura y re-crea.

Y dondequiera que esa restauración esté ocurriendo, el reino de Dios se ha acercado.

Demos gracias al Padre que envía al Hijo,
al Hijo que da su vida,
y al Espíritu que nos conduce a la vida.

El Buen Pastor se conoce por la vida que da.

Amén.

Preguntas para conversar en grupos pequeños

- ¿Hubo alguna imagen, frase o idea sobre Jesús como el Buen Pastor que te haya quedado grabada? Coméntala.
- Cuando escuchas la frase “el reino de Dios”, ¿qué palabras o imágenes te vienen a la mente ahora?
- El sermón decía que reconocemos al Pastor no solo por su voz, sino por la vida que trae su reino. ¿Qué significa eso para ti personalmente?
- ¿Hay algún lugar esta semana donde puedas notar —o unirte a— lo que Dios ya está haciendo para traer vida?

Recursos para los Días Santos

Nos complace ofrecer las siguientes liturgias [orden en que se presentan las cosas en un culto] para el Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado Santo. Esperamos que brinden a las congregaciones y grupos pequeños ideas y orientación para reuniones comunitarias y participativas en estos días significativos.



Culto 2 de abril de 2026 - Jueves Santo INICIO

Reflexión: El **Jueves Santo** nos invita a contemplar uno de los momentos más profundos del ministerio de Jesús. La noche antes de su muerte, durante la cena de la Pascua, Jesús hizo algo sorprendente: se levantó de la mesa y comenzó a **lavar los pies de sus discípulos**. Este gesto reveló el corazón de su misión. Como relata el Evangelio de Juan 13:5, Jesús tomó la posición de un siervo para mostrar el amor humilde de Dios.

Pedro no podía entender que su Maestro hiciera algo tan humilde. Sin embargo, Jesús le respondió: *«Si no te lavo, no tienes parte conmigo»* (Juan 13:8). Con estas palabras, Jesús mostró que todos necesitamos recibir su gracia y su limpieza.

Esa misma noche también reveló el significado profundo de la Pascua. Al partir el pan y compartir la copa, Jesús mostró que él es el **Cordero que entrega su vida** por la humanidad. Como dice la Escritura: *«Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido sacrificado»* (Primera carta a los Corintios 5:7).

El amor de Jesús no fue solo una enseñanza, sino una entrega total. Por eso también dijo a sus discípulos: *«Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes»* (Juan 13:15).

El Jueves Santo nos recuerda que el camino de Jesús es el camino del amor humilde: recibir su gracia y reflejarla sirviendo a los demás.



¿Por qué nos reunimos en la mesa?

El Jueves Santo nos transporta a la última noche que Jesús pasó con sus discípulos ante la cruz. Según el Evangelio de Juan, todo lo que sucede en esa noche ocurre con plena conciencia. Jesús sabe que la hora ha llegado. Sabe que la traición ya está en marcha. Sabe que el sufrimiento y la muerte están cerca. Y, consciente de todo esto, decide reunir a sus amigos alrededor de una mesa.

Juan nos dice: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Este amor no es reactivo ni sentimental. Es constante, deliberado y costoso. Es un amor que se arrodilla. Un amor que sirve. Un amor que se entrega antes de que nadie entienda qué sucede ni por qué. Una comida compartida cobra significado en esta noche porque es el escenario donde Jesús nos muestra quién es Dios. En medio de una práctica humana común, al comer juntos, Jesús revela una gracia extraordinaria. Toma pan y vino. Toma una toalla y una palangana. No explica el sufrimiento ni ofrece una estrategia para lo que viene después. En cambio, se entrega.

El Jueves Santo tiene su origen en la historia de la Pascua, una comida que recordaba la liberación y la fidelidad de Dios. Jesús recibe esta tradición y la cumple en sí mismo. Se convierte en el verdadero Cordero Pascual, no pidiendo a sus discípulos que actuaran, sino actuando en su nombre. En la mesa, Jesús demuestra que la salvación es algo que recibimos antes de ser algo a lo que respondemos.

La comida también revela lo difícil que puede ser recibir. Pedro se resiste a que le laven los pies, no porque dude de Jesús, sino porque ser servido expone su necesidad. Jesús no convence a Pedro para que acepte. Permanece con él. Insiste en dar. Este momento apunta hacia la cruz, donde Jesús purificará a la humanidad de una manera que jamás podríamos lograr por nosotros mismos.

Reunirse alrededor de una mesa el Jueves Santo permite a la iglesia tomarse un respiro y sumergirse en esta historia con todo su ser. Una mesa nos recuerda que la fe no solo se habla, sino que también se comparte. Se toma el pan. Se alzan las copas. Se abren las manos. Recordamos que Jesús ya hizo por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos, en nosotros y por nosotros. Esta noche no pretende apresurarnos hacia la Pascua. Nos invita a permanecer con Jesús en la tensión del amor entregado libremente a la sombra de la cruz. Una cena permite ese espacio. Crea espacio para el silencio, la gratitud y la obra silenciosa del Espíritu que nos forma al recibir antes de enviarnos a amar a los demás de la misma manera.

Como pastores y líderes, celebrar una comida el Jueves Santo es una forma de confiar en que el evangelio obrará. Nosotros ponemos la mesa. Jesús sirve. Nosotros recibimos.

A continuación se muestra una liturgia [orden en que se llevan a cabo las cosas en un culto] de mesa que se puede utilizar para organizar una reunión de Jueves Santo como una comida compartida.

Prefacio para los anfitriones

Preparando la mesa para el Jueves Santo

Gracias por abrir su mesa y su corazón a esta reunión del Jueves Santo. Ser anfitrión esta noche no se trata de que todo salga bien. Se trata de hacer espacio para que Jesús esté presente entre nosotros de una manera silenciosa y significativa.

Esta liturgia está diseñada para avanzar lentamente. No pretende sentirse como una lección ni un grupo de discusión. Considérate menos un maestro y más un guía amable que ayuda a mantener la mesa firme y atenta. Lee las palabras tal como están escritas. Confía en las pausas. El silencio no es un problema que haya que solucionar. Es parte del regalo de esta noche. Durante los preparativos, mantén un ambiente sencillo y acogedor. Una mesa compartida, una iluminación tenue y mínimas distracciones ayudan a que todos se sientan cómodos. Si es posible, organiza los asientos de manera que todos puedan verse fácilmente. Ten listos los elementos de la Comunión y toma un momento antes para recordar que esta comida se trata de recibir.

Durante la reunión, algunas personas podrían querer hablar. Otras prefieren guardar silencio. Ambas respuestas muestran fidelidad. Cuando se ofrezca una reflexión o una invitación, permita que algunas personas compartan brevemente y luego continúe. No es necesario que todos participen ni que llenen cada momento de silencio. Deje que el Espíritu haga esa obra.

Esta noche trae gratitud y dolor. Jesús sabe lo que viene y, aun así, elige el amor. Como anfitrión, tu papel es simplemente ayudar a que la mesa se mantenga cerca de esa verdad. Si en algún momento te sientes inseguro,

vuelve a las palabras de la liturgia y sigue adelante. Jesús es quien guía esta noche, no tú.

Gracias por tu atención, tu hospitalidad y tu disposición a servir. Lo que ofreces es muy valioso, a menudo más valioso de lo que jamás pudieras ver.

Un culto de Mesa: Él los amó hasta el final

SECCIÓN 1: REUNIÓN EN LA MESA

Líder:

Esta noche nos reunimos alrededor de mesas, como Jesús se reunió una vez con sus amigos.

Esta es la noche en que compartió una cena, les lavó los pies y los amó hasta el final.

Lo hizo sabiendo que la traición y el sufrimiento ya estaban cerca.

No venimos a explicar esta noche, sino a recibir lo que Jesús nos da.

Silencio.

SECCIÓN 2: LECTURA DE LAS ESCRITURAS

LEER: [Juan 13:1–5 NVI](#)

1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús sabía que había llegado su hora de partir de este mundo e ir al Padre. Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. **2** El diablo ya había puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, que lo traicionara. Y durante la cena, **3** Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios iba, **4** se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ciñó con una toalla. **5** Luego echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba atada.

Líder (reflexión oral):

Juan nos dice que Jesús sabe lo que viene. Sabe que el sufrimiento está cerca. Sabe que la traición ya se está desatando. Y sabiendo todo esto, elige el amor. No el amor que se queda de pie. El amor que se arrodilla. El amor que se acerca, no que se aleja.

Pausa.

Líder:

El amor humano a menudo depende de la reciprocidad. Jesús ama más allá de cualquier transacción o devolución de favor.

Silencio.

SECCIÓN 3: PRÁCTICA DE MESA

Un momento de recepción

Líder:

Antes de pedirle a alguien que lo siga, Jesús le sirve.

Antes de dar una orden, Jesús se entrega.

Antes de que alguien entienda, se arrodilla.

Tómate un momento en tu mesa. Apoya las manos abiertas sobre la mesa o en tu regazo. Que esta sea una postura de recepción.

Silencio.

SECCIÓN 4: LECTURA DE LAS ESCRITURAS

LEER: Juan 13:6–11 NVI A

6 Cuando llegó a Simón Pedro, este dijo:—¿Y tú, Señor, me vas a lavar los pies a mí? **7** —Ahora no entiendes lo que estoy haciendo —respondió Jesús—, pero lo entenderás más tarde. **8** —¡No! —protestó Pedro—. ¡Jamás me lavarás los pies! Jesús contestó: —Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo. **9** Simón Pedro dijo: —Entonces, Señor, ¡no solo los pies, sino también las manos y la cabeza! **10** —El que ya se ha bañado no necesita lavarse más que los pies —le contestó Jesús—; pues ya todo su cuerpo está limpio. Y ustedes ya están limpios, aunque no todos. **11** Jesús sabía quién lo iba a traicionar y por eso dijo que no todos estaban limpios.

Líder:

Pedro se resiste a ser lavado. No porque dude de Jesús, sino porque recibir amor puede hacernos sentir vulnerables. Puede parecer más fácil brindar ayuda que admitir que la necesitamos.

Jesús no se aparta de la resistencia de Pedro. Se queda. Sigue dando. Ama a Pedro a pesar de su incomodidad.

Silencio.

Líder:

Si hay algo en ti esta noche que se resiste a ser atendido, no necesitas arreglarlo. Jesús es paciente. No pasa rápidamente junto a ti y te ignora.

SECCIÓN 5: LLAMADA Y RESPUESTA

Invite a los participantes a responder: "Nos amas hasta el final" después de cada una de sus lecturas.

Recibiendo el amor de Cristo

Líder:

Jesús, en esta noche te arrodillas delante de tus amigos.

Gente:

Nos amas hasta el final.

Líder:

Lavas lo que preferimos ocultar.

Gente:

Nos amas hasta el final.

Líder:

Sirves incluso a aquellos que te abandonarán.

Gente:

Nos amas hasta el final.

Líder:

Te entregas antes de que entendamos.

Gente:

Nos amas hasta el final.

Silencio.

SECCIÓN 6: LECTURA DE LAS ESCRITURAS

LEER: [1 Corintios 11:23–26 NVI](#)

23 Yo recibí del Señor lo mismo que les transmití a ustedes: Que el Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan **24** y, después de dar gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí». **25** De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto cada vez que beban de ella en memoria de mí». **26** Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga..

Líder:

Esta comida nos cuenta la misma historia que la toalla y la palangana. Jesús se entrega por completo. No porque estemos listos. No porque seamos fieles. Sino porque el amor no espera permiso.

Esta mesa no se trata de lo que traemos. Se trata de lo que Jesús da.

SECCIÓN 7: COMUNIÓN

Recibiendo el regalo

Líder:

En esta noche, Jesús nos da más que un recuerdo.

Se nos da a sí mismo.

El pan y la copa vienen de la mesa, pero apuntan más allá de esta habitación.

Señalan la cruz que lo espera el día de mañana.

Jesús sabe lo que viene.

Sabe que su cuerpo será quebrantado.

Sabe que su sangre será derramada.

Y aun así, se entrega libremente.

Esta comida nos dice que la cruz no es un accidente.

Es el amor que decide llegar hasta el final.

En la cruz, Jesús hará por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos.

Cargará con nuestro pecado, nuestra vergüenza y nuestro miedo.

Nos purificará, no con agua, sino con su propia vida.

Al tomar este pan, recibimos su cuerpo, entregado por nosotros.

No porque seamos dignos.

No porque lo entendamos.

Sino porque Jesús nos ama hasta el extremo.

Al tomar esta copa, recibimos su sangre, derramada por nosotros.

Una señal de que el perdón no es algo que ganamos.

Es algo que se nos da.

Esta mesa nos invita a confiar en Aquel que va a la cruz por nosotros.

Así que vengan.

Con las manos abiertas.

Con un corazón sincero.

Recibamos lo que Jesús nos da.

Líder:

Este es el cuerpo de Cristo, entregado por ustedes.

(El pan se comparte.)

Líder:

Esta es la sangre de Cristo, derramada por ustedes.

(Se comparte la copa.)

Se guarda silencio mientras la gente recibe.

SECCIÓN 8: CIERRE SIN RESOLUCIÓN

Líder:

Mantente cerca de Jesús esta noche.

No hay bendición.

La reunión termina en silencio.

INICIO

Culto del 3 de abril de 2026 - Viernes Santo

Reflexión: El **Viernes Santo** nos invita a contemplar uno de los misterios más profundos de la fe cristiana: el encuentro entre el sufrimiento humano y el amor divino. En la cruz, Jesús —el inocente— toma el lugar de los culpables y entra plenamente en el dolor del mundo, no para condenar, sino para redimir. Como afirma Primera carta de Pedro 2:24: *«Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia; por sus heridas ustedes han sido sanados»*.

La cruz revela que la victoria de Dios no se logra por la fuerza, sino por medio del amor que se entrega. Lo que parecía derrota se convierte en el camino hacia la salvación. El apóstol Pablo lo expresa diciendo que Jesús *«se humilló a sí mismo... hasta la muerte de cruz»*, y por eso Dios lo exaltó (Carta a los Filipenses 2:8-9).

En el Viernes Santo vemos que Dios no permanece distante ante el dolor humano. En Cristo, él abraza nuestro sufrimiento y lo transforma en esperanza. La cruz no es el final de la historia, sino el comienzo de algo nuevo.

Por eso, incluso en medio de nuestras pruebas, podemos confiar en el amor fiel de Dios. En la cruz descubrimos que el sufrimiento no tiene la última palabra, porque el amor de Dios abre el camino hacia la vida y la resurrección.

Las siete declaraciones de la cruz

Reunión y llamado a la adoración

(La reunión comienza en silencio.)

Líder:

Anoche recordamos cómo Jesús y sus discípulos se reunieron alrededor de una mesa.

Vimos a Jesús arrodillarse. Recibimos el pan y la copa como ofrendas. Esta noche, lo seguimos desde la mesa hasta la cruz.

Leer:

Juan 18: 1-14 NVI **18** Cuando Jesús terminó de orar, salió con sus discípulos y cruzó el arroyo de Cedrón. Al otro lado había un huerto en el que entró con sus discípulos. **2** También Judas, el que lo traicionaba, conocía aquel lugar porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. **3** Así que Judas llegó al huerto, a la cabeza de un destacamento de soldados y guardias de los jefes de los sacerdotes y de los fariseos. Llevaban antorchas, lámparas y armas. **4** Jesús, que sabía todo lo que iba a suceder, les salió al encuentro. —¿A quién buscan? —preguntó. **5** —A Jesús de Nazaret —contestaron. Jesús dijo: —Yo soy. Judas, el traidor, también estaba con ellos. **6** Cuando Jesús dijo: “Yo soy”, dieron un paso atrás y se desplomaron. **7** —¿A quién buscan? —volvió a preguntar Jesús. —A Jesús de Nazaret —repitieron. **8** Jesús contestó: —Ya dije que yo soy. Si es a mí a quien buscan, dejen que estos se vayan. **9** Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho: «De los que me diste ninguno se perdió ». **10** Simón Pedro, que tenía una espada, la desenfundó e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. (El siervo se llamaba Malco). **11** —¡Vuelve esa espada a su funda! —ordenó Jesús a Pedro—. ¿Acaso no he de beber el trago amargo que el Padre me da a beber?**12** Entonces los soldados, su comandante y los guardias de los judíos arrestaron a Jesús. Lo ataron **13** y lo llevaron primeramente a Anás, que era suegro de Caifás, el sumo sacerdote de aquel año. **14** Caifás era el que había aconsejado a los judíos que les convenía más que muriera un solo hombre por el pueblo.

Líder:

Esta noche nos reunimos a la sombra de la cruz.

Recordamos el día en que Jesús fue traicionado, condenado y crucificado. Este es un día de profundo dolor, pero también de profunda bondad.

Esta no es la historia de un Padre enojado castigando a su Hijo.
Es la historia del Dios trino actuando en conjunto.
Padre, Hijo y Espíritu, decididos desde la eternidad
a restaurar la relación y traer a la humanidad a casa.
Venimos a estar ante la cruz y dejamos que nuestros corazones descansen
en el misterio del amor de Dios.

Llamada y respuesta

Líder:

Jesús, Amigo fiel, diste tu vida por nosotros.

Pueblo:

Estamos asombrados por tu amor abnegado.

Líder:

Ustedes soportaron la cruz por el gozo puesto delante de ustedes.

Pueblo:

Recibimos tu misericordia con gratitud.

Líder:

El amor, más fuerte que la muerte, nos encuentra aquí.

Pueblo:

Aquí estamos, Señor.

LAS SIETE DECLARACIONES DESDE LA CRUZ

(Siete lectores se acercan uno a uno a una mesa con siete velas encendidas. Después de cada lectura, el líder ofrece una breve reflexión, seguida de silencio. Se puede apagar una vela después de cada declaración).

Primera declaración

Lector 1:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” [Lucas 23:34 NVI](#)

Líder:

Incluso clavado en la cruz, Jesús no reacciona con ira ni desesperación.
Actúa con amor.

Este perdón no le es forzado.

Fluye libremente del corazón de Dios.

La cruz no es Dios volviéndose contra la humanidad.

Es Dios negándose a alejarse.

Apagar la vela. Silencio.

Segunda Declaración

Lector 2:

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” [Lucas 23:43](#)

[NVI](#) A

Líder:

Jesús no espera a que pase el momento.

Incluso en el sufrimiento, habla de la vida futura.

La gracia no se demora.

La esperanza se expresa en medio de la muerte.

Éste es el Rey dando la bienvenida a otro en su reino.

Apagar la vela. Silencio.

Tercera Declaración

Lector 3:

«Mujer, ahí tienes a tu hijo».

«Y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». [Juan 19:25-27 NVI](#)

Líder:

Incluso desde la cruz, Jesús crea comunidad.

No se aísla en el sufrimiento.

Une a la gente.

El amor revelado en la cruz no abandona.

Hace espacio.

Apagar la vela. Silencio.

Cuarta Declaración

Lector 4:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» [Mateo 27:46 NVI](#)

Líder:

Jesús entra en el clamor humano más profundo.

Pronuncia las palabras que muchos llevamos dentro, pero no sabemos cómo expresar.

Desde la cruz, Jesús entra de lleno en nuestro miedo a la soledad,
en el dolor de sentirnos abandonados,
en la oscuridad donde Dios se siente distante.

Él lleva este grito en su propio cuerpo,
sosteniendo todos los lugares donde nos hemos preguntado
si alguien estaba escuchando.

Porque Jesús lleva este grito,
ningún lugar de dolor está fuera del alcance de Dios.

Apagar la vela. Silencio.

Quinta Declaración

Lector 5:

"Tengo sed." [Juan 19:28 NVI](#)

Líder:

Aquel por medio de quien fueron hechas todas las cosas
conoce la necesidad humana desde dentro.

Jesús no pretende que el sufrimiento sea menor.

Lo nombra.

Dios nos encuentra en nuestra debilidad, no más allá de ella.

Apagar la vela. Silencio.

Sexta Declaración

Lector 6:

"Consumado es." [Juan 19:30 NVI](#)

Líder:

De principio a fin, ha sido fiel a la misión encomendada por el Padre.

Nada ha salido mal.

Nada se le ha escapado de las manos a Dios.

Aquí Jesús completa la obra que abrazó voluntariamente,

ofreciéndose libremente y con alegría,

confiando en el Padre en cada paso del camino.

En este momento, el propósito del Dios trino se cumple.

El mal es confrontado.

La muerte es revertida desde adentro.

La vida está asegurada.

Apagar vela. Silencio.

Séptima Declaración

Lector 7:

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." [Lucas 23:46 NVI](#)

Líder:

Jesús se entrega plenamente al Padre.

Pone su vida en manos que siempre ha conocido.

El Hijo descansa en el amor que siempre lo ha sostenido.

Nada en este momento es incierto.

Incluso en la muerte, la fidelidad de Dios permanece inquebrantable.

Apagar la vela. Silencio.

PALABRA FINAL Y DESPEDIDA

Líder (*una sola oración*) :

Salimos esta noche confiando en el amor que sostuvo a Jesús hasta el final.

No dar despedida.

Culto del 4 de abril de 2026 - Sábado Santo

Un servicio de espera entre los tiempos

INICIO

Prefacio para pastores y líderes

El Sábado Santo nos sitúa en un estado de inquietud, pero de sinceridad. Tras celebrar el Viernes Santo y recordar la crucifixión y muerte de Jesús, es natural que anhelemos la Pascua y la celebración de la resurrección. Sin embargo, el Sábado Santo interrumpe ese movimiento. Nos invita a hacer una pausa entre lo que ha terminado y lo que aún no ha comenzado.

Este día descansa entre dos trayectos. El viaje que llevó a Jesús a la cruz ha llegado a su fin. El nuevo camino de resurrección para toda la creación aún no se ha revelado. El Sábado Santo se convierte en un espacio de reflexión que se transforma en expectativa, una pausa donde las emociones encontradas pueden aflorar. El dolor y la esperanza se conjugan. El silencio habla más fuerte que la certeza.



En muchos sentidos, el Sábado Santo define el espacio en el que los cristianos vivimos cada día. Vivimos entre los tiempos, entre un mundo roto y la plenitud del reino que se revelará cuando Jesús regrese. Al igual que los discípulos, nos sentimos tentados a volver a la normalidad, a distraernos en lugar de esperar. El Sábado Santo resiste con suavidad ese impulso. Nos invita a descansar, a recordar quién es Jesús y lo que ha hecho, y a confiar en que, incluso en la quietud, Dios sigue obrando. Esta reunión es intencionalmente breve y contenida. No resuelve la tensión del día. En cambio, da espacio para esperar con Dios, escuchar de nuevo su palabra y mantener la esperanza sin apresurarse. El Sábado Santo nos enseña a descansar entre los momentos.

La reunión

Reunión en silencio

La gente entra en silencio.

El espacio está en penumbra.

Se ve una vela apagada.

Sin música.

Palabras de apertura

Líder:

Después de la cruz, hay una pausa.

El viaje que llevó a Jesús a la muerte ha llegado a su fin.

El nuevo viaje de la vida de resurrección aún no ha comenzado.

Hoy nos reunimos en ese espacio entre los tiempos.

Este es un día de espera.
Un día de reflexión.
Un día en el que el dolor y la esperanza coexisten.
No nos apresuramos hacia la mañana.
Descansamos aquí, confiando en que Dios aún lo sostiene todo.
Silencio.

Lectura del salmo

Salmo 31:1-4 , 15-16 NVI

Lector:

31 En ti, Señor, busco refugio; jamás permitas que me avergüencen. Por tu justicia, líbrame. 2 Inclina a mí tu oído y acude pronto a socorrerme. Sé tú mi roca de refugio, la fortaleza de mi salvación. 3 Guíame, pues eres mi roca y mi fortaleza, dirígeme por amor a tu nombre. 4 Líbrame de la trampa que me han tendido, porque tú eres mi refugio.

Llamada y respuesta

Líder:

Esperamos en el espacio entre la pérdida y la esperanza.

Pueblo:

Nuestros tiempos están en tus manos.

Líder:

Aún no vemos lo que viene a continuación.

Pueblo:

Nuestros tiempos están en tus manos.

Líder:

Descansamos en la confianza, incluso en el silencio.

Pueblo:

Nuestros tiempos están en tus manos.

Silencio.

Reflexión

Líder:

El Sábado Santo es el día en que Jesús descansa en el sepulcro.
Nada parece suceder.
La piedra está sellada.
El futuro es incierto.
Los discípulos esperan sin saber en qué se convertirá esta historia.
Cargan con dolor, confusión y preguntas.
Están atrapados entre lo que han perdido
y lo que aún no comprenden.
Este es un lugar familiar para nosotros.
A menudo vivimos entre los tiempos,
entre las promesas de Dios y su cumplimiento,
entre el sufrimiento y la restauración.
El Sábado Santo nos enseña que la espera no es vacía.
Incluso aquí, Dios está presente.
Incluso aquí, el Espíritu obra.
Incluso aquí, Jesús sigue siendo el Señor de la vida.
Así que hoy descansamos.
Confiamos en que nuestro tiempo está en manos de Dios.
Y esperamos la mañana.
Silencio.

Momento de reflexión

Líder:

Antes de encender la vela,
tomemos un momento para reflexionar en silencio.
Piensa en dónde te encuentras viviendo entre tiempos.
Dónde estás esperando.
Dónde las respuestas aún no están claras.
Observa cómo se siente permanecer aquí sin apresurarse.
Descansar en la pausa.
Confiar en que Dios sigue obrando, incluso en silencio.
Mantén ese lugar con delicadeza ante Dios.
No necesitas resolverlo.
No estás solo en esto.
Silencio.

Encendido de la vela

Líder:

Encendemos esta vela para dar testimonio de esta verdad:

la presencia de Dios no se ha apagado, incluso cuando todo parece estar en calma.

La vela nos recuerda que mientras Jesús descansa en el sepulcro, el amor de Dios no se ha extinguido.

La fidelidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo continúa, silenciosa y firme.

Encender una sola vela es una forma de mantener la esperanza sin apresurarla.

Reconoce que aún estamos en un punto intermedio.

La oscuridad aún no se ha disipado, pero no ha triunfado.

El líder enciende lentamente la única vela.

No se pronuncian palabras.

Se guarda silencio.

INICIO



COMUNIÓN DE GRACIA
INTERNACIONAL